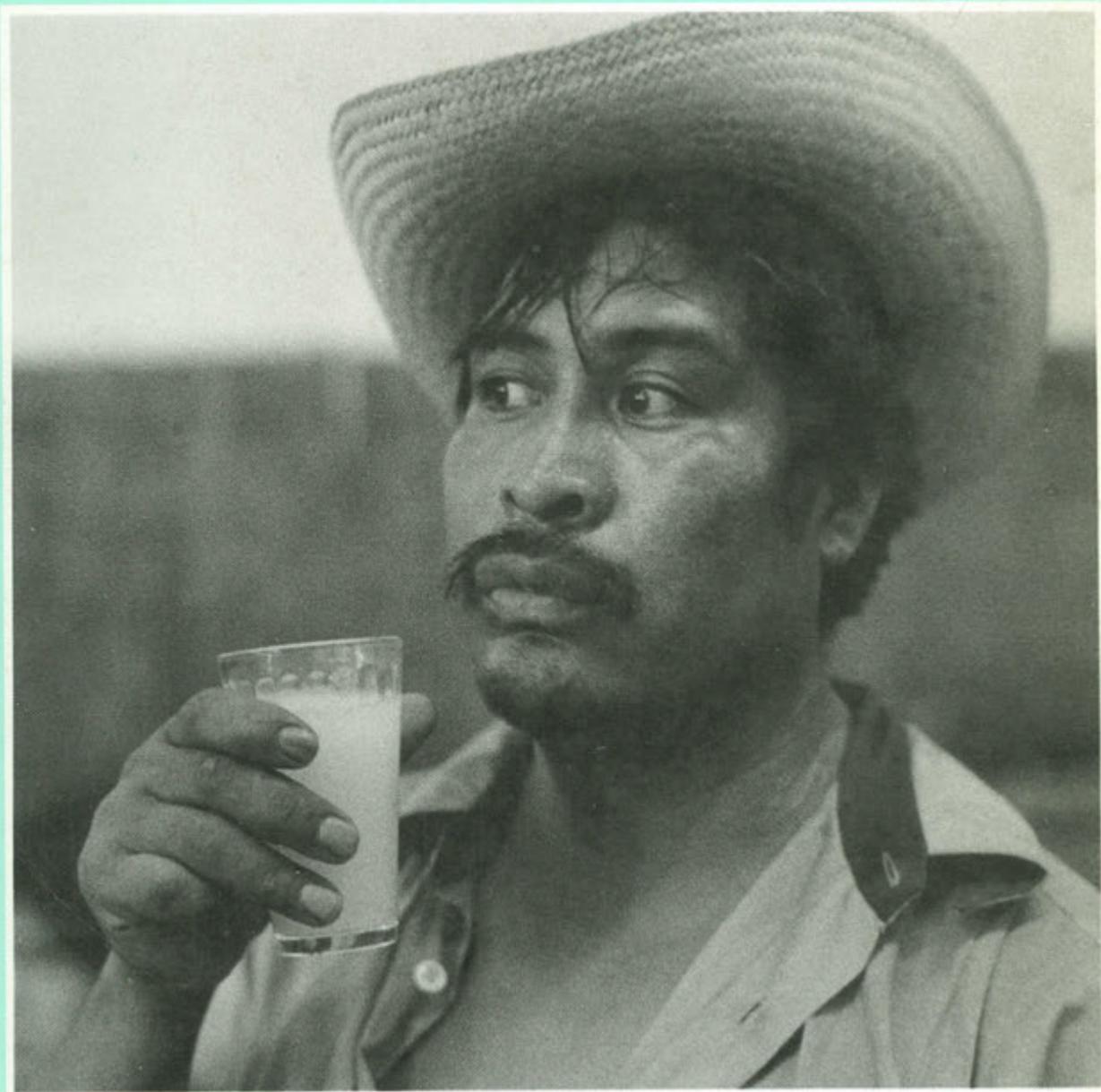


378

El Gran Tinacal

I S R A E L K O R E M B R O T



C A T Á L O G O F O T O G R Á F I C O

ISRAEL KORENBROT

EL GRAN TINACAL

EL MAGUEY
EL PULQUE Y LA PULQUERÍA

LA PULQUERÍA

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Culturas Populares
Subdirección de Difusión
Departamento de Medios Gráficos

Coordinación de la edición: Edgar Trejo G.
Juan Carlos H. Vera

Cuidado de la edición: Mauricio Sarabia Garrido
Pilar E. Romero Gómez

Diseño, diagramación y formación: Marco Antonio Vega H.

© 1991 Dirección General de Culturas Populares

Av. Revolución 1877, 4o. piso

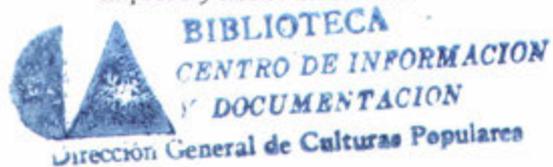
Col. Loreto y Campamento

01000 San Ángel. México, D.F.

ISBN 968-29-3861-9

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México



PRESENTACIÓN

En 1988, el Museo Nacional de Culturas Populares tuvo el acierto de organizar una exposición sobre el maguey, que requirió previamente, como en todos los casos análogos, de una investigación. Investigaciones multidisciplinarias en realidad, cuyos resultados se consignaron en una monografía que circuló bajo el título de *El maguey "árbol de las maravillas"*, con intenciones exhaustivas, pues muy poco —si acaso— dejó por decir sobre la planta, sus usos y su comercialización.

Y, ¿por qué árbol de las maravillas? Porque como se anota en la presentación de la monografía: "el pulque ha estado presente en el desarrollo de nuestra historia desde tiempos inmemoriales y ocupa un lugar importante dentro de las manifestaciones culturales del pueblo mexicano". Y, ¿lo de "las maravillas"? Pues como citan los autores del libro, esa calificación proviene del P. Joseph de Acosta, quien dice que: "El árbol de las maravillas es el maguey de que los nuevos o los chapetones (como en las Indias los llaman) suelen escribir milagros: que da agua y vino; y aceite y vinagre, y miel y arropo, e hilo y aguja y otras cien cosas", algunas de las cuales caben en las que se han descubierto o estudiado los investigadores y artistas de las generaciones actuales y las anteriores a la nuestra.

En efecto, cada generación, sea artística o puramente humana, agrega algo al saber humano y así se va forjando nuestra identidad.

Por ejemplo, así como el maguey y el pulque han estado presentes en nuestra historia y nuestras expresiones culturales, también la plástica ha estado siempre presente desde tiempos inmemoriales.

En el México Antiguo, cualesquiera que sean sus límites temporales, y así consta en diversos de nuestros códices, de los que autores de la monografía dan buenos ejemplos y los comentan con la propiedad y variedad pertinente, de modo que en este punto sólo puedo añadir el hermoso libro de Oswaldo Gonçalves de Lima, *El maguey y el pulque en los códices mexicanos*, México, FCE, 1956.

No conozco algún testimonio plástico virreinal, pero supongo que debe haberlo y aparecerá si en esta indagación opera el Ángel custodio de los investigadores, en cuya existencia y guía yo creo. Fuera de su uso como bebida o como medicina popular, sin duda perduró bajo el Virreinato. Curiosamente en ese lapso fue perseguido con saña y se le consideró sólo como bien gravable, de rico rendimiento, tal como informa amplia y detalladamente Juan Pablo Viqueira Albán en su libro *¿Relajados o reprimidos?* México, FCE, 1987, uno de cuyos apartados se llama “Pulques, tepaches y chinguiritos”.

Del México independiente conozco un interesante testimonio plástico del pulque. Me refiero al famoso óleo de José Obregón (1812-1902) llamado *El descubrimiento del pulque*, del que Fernández dice:

viene a interesar más por ser uno de los que no sólo trató con verdadero empeño otros temas [...] sino que pintó con verdadero empeño un cuadro con tema de la historia antigua de México: *El descubrimiento del pulque: el indigenismo*. Latente desde tiempos remotos irrumpió en la pintura académica, nada podrá dar mejor idea de lo que es la visión de una época acerca del pasado, como éste y otros cuadros de interpretación del antiguo mundo indígena de México: y es que la visión académica del siglo XIX fue un mal molde para aquel mundo tan alejado del dulzón clasicismo. Pero la escuela de Clavé hizo maravillas y logró hacer, como algunos historiógrafos de nuestro tiempo que así era en verdad

el pueblo conquistado por los españoles.¹

Procede luego a hacer el análisis técnico y estético del cuadro, subrayando el tratamiento pictórico de la “reina” o “princesa” Xóchitl y el “emperador azteca” del cuadro en conjunto, y concluye:

Lo más notable es la incongruencia de los tipos étnicos indígenas, que la idealización clasicista trastocaba en helénicos [...] este cuadro es un preciso documento de la visión histórico-artística del siglo XIX del mundo indígena de México que, a todo trance quería ver como si fuese el Olimpo: los académicos ni gustaron ni entendieron la belleza autóctona del pueblo mexicano, antes la despreciaron, por eso se esforzaron en darle otra belleza clasicista, la única que tuvieron por tal.²

Lo mismo se puede decir —y se ha dicho— *mutatis mutandis* de obras como por ejemplo la de Linati, *Trajes civiles y religiosos*, Bruselas, 1828; una pintura de Velasco (1840-1912) poco conocida: *La Cacería*, de la que nuestro maestro de la historia y la crítica del arte describe como un: “Cuadro que tiene el interés de combinar el paisaje con figuras del antiguo mundo indígena: era la pintura de historia más específica”.

Pero el verdadero cambio en las perspectivas de la pintura en México habría de esperar, para darse y consolidarse hasta que surgieron con la Revolución de 1910 artistas, quienes en su búsqueda por las raíces de México, dieron con lo que vagamente se llama “lo popular” y lo identificaron con “lo indígena”.

Tal radicalismo se expresa de manera inequívoca en el “Manifiesto de 1922”, que fue elaborado y dado a conocer por el Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México.

¹ Justino Fernández, *Arte moderno y contemporáneo*.

² *Idem*.

Justino Fernández dice que el documento se conocía mal, pero que más tarde fue dado a conocer por completo con el título de *Declaración Social, Política y Estética* del que Justino transcribe el siguiente párrafo:

No sólo el trabajo noble sino hasta la más mínima expresión espiritual y física de nuestra raza brota de lo nativo (y particularmente lo indio). Su admirable y extraordinario talento para crear belleza: el arte del pueblo mexicano es la más sana expresión que hay en el mundo y su tradición nuestra posesión más grandes. Es grande porque siendo del pueblo es colectiva y esto es el porqué nuestra meta estética fundamental es socializar la expresión que tiende a borrar el individualismo que es burgués.

Es obvio que impulsada por estos supuestos teóricos, se dio y se propagó la pintura de las pulquerías, entre otras manifestaciones artísticas de la pintura, cuestión debatida en su tiempo, que tanto exaltó Diego Rivera, como lo veremos enseguida.

En esos años se publicó la benemérita revista *Mexican Folkways* (junio-julio de 1925-agosto de 1935) de la que fue fundadora, sostenedora, Frances Toors de quien los humoristas mexicanos de su tiempo, muy pronto la llamaron "Paca Torres".

Por muy variadas razones, todas ellas válidas y fáciles de fundamentar, los *Mexican Folkways* deben editarse en facsímiles por razón de los muchos ensayos y artículos sobre la cultura en México, en la que la cultura popular es capítulo de gran importancia.

Diego Rivera publicó en páginas, tres artículos sobre la plástica bajo el título general de "Pintura mexicana". El primero se llama "Los retablos mexicanos, verdadera, actual y única expresión pictórica del pueblo mexicano". El otro, pertinente a nuestro tema es "La pintura mexicana, pulque-

EL MAGUEY, EL PULQUE Y LA PULQUERÍA

En el paisaje del altiplano central, el maguey es, entre la flora, la planta que caracteriza los campos y los pueblos de la región con tal insistencia que los paisajistas, fotógrafos, cineasta y pintores lo han retomado como marco de sus obras, remontando al espectador a México y, específicamente, al altiplano que cubre amplias regiones del Distrito Federal y los estados de Tlaxcala, Puebla, México y especialmente Hidalgo, donde bastos campos, aún en la actualidad, se conforman de hileras azulosas de magueyes destinadas a la producción de pulque o para retener las tierras o, sencillamente, que sirven como linderos entre una y otra propiedad.

Existen diversas variedades de magueyes como el *agave atrovirens karw*, aquél del que se extrae el aguamiel. Este maguey tiene diversas utilidades que los pueblos indígenas han sabido aprovechar para solucionar sus problemas cotidianos. En la construcción de casas, las pencas del maguey son puestas unas sobre otras formando muros ligeramente inclinados bajo el cual se organiza la habitación, el centro del maguey se utiliza para preparar una golosina a la que los niños llaman “mezcal”, para la fabricación de ayates, morrales y otros objetos. Las pencas de maguey se cardan hasta despulparlas, y con las fibras montadas en telar la cintura, las mujeres hábilmente tejen artículos de diversas calidades.

Finalmente, el uso que ha sobrevivido con mayor insistencia es la producción de pulque, cuya recolección, procesamiento, transporte, venta y consumo, da lugar a una extraordinaria variedad de manifestaciones culturales, económicas y sociales que en su conjunto reflejan el valor que



representa este líquido para la región.

El cultivo de esta planta parte de la separación de los “hijos” que se reproducen a su lado cuando éstos son capaces de sobrevivir por sí mismos, se pasan a los almácigos y, posteriormente, al lugar definitivo donde crecerán y producirán. La distancia a que se siembra un maguey de otro es de más o menos 5 metros, dependiendo de la variedad y la calidad del terreno.

El tiempo de vida de un maguey es de 6 a 10 años. Es precisamente el *tlachiquero* quien conoce las características de un maguey que está listo para producir, entre ellos, están las pencas que se encurvan hacia el centro de la planta. Una de estas pencas le servirán para señalar que magueyes se están explotando, ya que haciendo uso de la misma punta, se dobla y se clava en la penca.

El primer paso para extraer el aguamiel, el producto del maguey, es caparlo y hacer una hoquedad en el cuerpo de la planta o *mezontete*, misma que servirá como cuenco por el que fluye el aguamiel, líquido dulce y ligeramente agrio, al que el *tlachiquero* extrae con un *acocote*, éste es un guaje alargado con dos perforaciones en los extremos, uno de los que es agudo y que se introduce al *mezontete*, para extraerle mediante succión el líquido.

Con la obtención del aguamiel se comienza una actividad llena de historia que, al paso del tiempo, ha cambiado. Se inicia desde tiempos prehispánicos, precisamente cuando se conoció el uso del pulque, y fue usado con fines religiosos y sociales. La deidad del pulque fue *Mayagüel*, ser mitológico olmeca de *Tamoanchan*, a quien se le atribuye el conocimiento del manejo del maguey, caracterizado en las representaciones, por ejemplo, en el *Códice Borgia* por la abundancia de agua, fenómeno que ocurre con el maguey que provee de agua las zonas áridas.

El pulque no fue en el México prehispánico elemento para la embriaguez, el máximo de consumo eran cuatro medidas

después de las cuales, existieron pueblos que imponían castigos a quien se excediera: La primera vez le cortaban el cabello, la segunda destruían su casa y la tercera mataban al infractor y a toda su familia. En otros momentos, la circulación de pulque estaba restringida a sólo algunas fechas en el año.

La embriaguez era considerada como una violación a las normas sociales, permitiéndoles sólo a los ancianos tomar en mayor medida pero con moderación. *Mayahüel* era frecuentemente representada con un conejo y quienes hubieran nacido en el año 2 conejo (*ome tochtli*) estaban destinados a la embriaguez, según los aztecas; en tanto que para los mayas se denominaba hombre-maguey (*ci-vinik*) a quien abusaba de la bebida.

La concepción del pulque, como medida ceremonial de uso restringido, se transformó con la Conquista al perderse la noción religiosa bajo la que se consumió y quedó en auge. Al margen de la ética social, la producción del pulque que dio origen a las haciendas pulqueras, instituciones que bajo otra cultura fomentaron el consumo.

Es a partir de la Conquista, cuando surgen los alabados cantos de trabajo, de origen religioso, que se conservan hasta la actualidad en los tinacales, cuya ejecución se realiza con el afán de aclamar a Dios, cuando se renueva la semilla del pulque, para raspar el maguey, para medir el pulque a fin de que cada una de estas actividades conduzcan a la buena producción de esta bebida.

En el contexto de otra cultura, el pulque ya no fue la bebida empleada con restricciones fundadas en la cosmovisión del pueblo, sino el objeto de comercio donde el trabajador pasó a ser peón acasillado y la venta estaba condicionada por intereses mercantiles, donde la producción dejó de limitarse a un pequeño espacio para convertirse en haciendas, a donde llegaba el aguamiel y se sometía a procesos de fermentación en diferentes grados, en grandes

recipientes de cuero o de encino.

Sin duda, la Revolución mexicana propició el desarrollo del tinacal de menores dimensiones, el lugar pequeño de adobe y techo de tajamanil o materiales términos, donde el *tlachiquero* lleva el aguamiel a entregar para someterlo a fermentación, a partir del pulque denominado “semilla”.

Este sitio es usualmente un espacio lleno de misterios y creencias, es aquí donde el propietario esconde antiguos conocimientos, donde se realizan ceremonias con los cantos religiosos y a donde no se permite la entrada a las mujeres, especialmente a las embarazadas y, menos aún si se presenta una citadina perfumada. Se considera en todos los casos que esta presencia puede echar a perder el pulque.

Cuando se considera que el pulque ha adquirido el grado de fermentación requerido, es cuando sale para la venta, transportado en “castañas” que en pares se le cargan al burro cuando el viaje es corto, en camionetas y camiones cuando es introducido a las ciudades. El destino es la pulquería, sitio especializado en la venta de la bebida a donde se puede comer alguna botana que la acompañe.

La pulquería es un establecimiento que se divide en tres partes: un salón para usuarios, la barra y detrás de ella el pulquero con sus barriles y recipientes en los que servirá el pulque y, finalmente, un departamento de mujeres construido de manera tal que siempre resulta ser un espacio limitado, con un mostrador pequeño y sus respectivas puertas; de tal manera que las mujeres no entren a la sección de hombres ni se den cuenta de lo que ahí ocurre.

La pulquería es el sitio donde se reúne la población humilde de los barrios de las ciudades donde, de igual manera que en las cantinas, los bares y otros sitios similares, consumen bebidas, se reúnen usualmente hombres, se manifiestan múltiples formas culturales y salen a relucir diversos sentimientos bajo el influjo de la bebida.

En este aspecto no hay muchas diferencias entre unos y

otros. Donde sí se encuentran otras diferencias es en las manifestaciones culturales que ahí se expresan. En la pulquería tradicional, todo lo que la constituye está asociado con la cultura popular, cada objeto propio del lugar es designado con un nombre bien conocido por los parroquianos.

Así, el recipiente más tradicional de los utilizados es la *xoma*, hecha de la base de la calabaza, cortada para contener determinada cantidad de pulque, otros más con los objetos de barro, jarros y casi ollas; otros a los que se les denomina “cuartos”, “medios” y “litros”; los de vidrio que pueden ser “chivos”, “tornillos”, “cacarizas”, etc., caídas en desuso, después de que la fábrica poblana que los elaboraba, dejó de hacerlo.

En la pulquería como forma de decoración es muy usado el papel picado, algunos con diferentes figuras geométricas, pero en otros casos se trata de verdaderas obras de arte que hacen los habitantes del lugar o aquellas que llevan a vender los artesanos de Huixcolotla, en el estado de Puebla.

Parte de la decoración utilizada en pulquerías es la pintura popular, de la que se conservan muestras en diversos lugares, producto de la inspiración de pintores anónimos a donde reflejan costumbres y paisajes con el carácter popular de sus autores. Estas pinturas han sido descritas de manera despectiva por autores del siglo XIX y mal vistas por quienes no comparten esta cultura, las descripciones que llegan a nuestro tiempo son en su gran mayoría desfavorables, debido a la posición clasista de sus autores. Una de las excepciones lo fue Diego Rivera, quién en 1926 escribió acerca de ella:

Los pintores de pulquería son los obreros, pintores decoradores que solicitados para aplicar, en todo el esplendor de su nobleza, el oficio que poseen, desde el fondo lizo, la raya bien trazada, las letras bien dibujadas y bien levantadas de volumen, hasta los muñecos cúspides del oficio cumplen

integralmente su cometido. No importa que esos MONOS sean a veces copias de innobles originales; la gran jerarquía del noble oficio de pintor de puertas, dignifica el excrementismo de los falsos artistas de la burguesía y una verdadera estética proletaria —pura y verdaderamente proletaria— se engasta en el arabesco ocasional.

Respecto a la temática de la pintura, el mismo Rivera la caracteriza como: “Ironía que, mezclada a la ‘tragedia’ y a lo que los vasconcelistas llamarían ‘estado dionisiaco’, constituye la única expresión realmente mexicana y actual en todo orden de cosas: La vacilada”.

De igual forma, la pulquería ha sido calificada de “lugar nauseabundo”, sitios “pintarrajeados de colores chillones, figuras extravagantes y nombres chuscos y raros”, así como el consumidor habitual se ha visto con desaire, lo cual no es de extrañarse, dada su condición humilde; sin embargo es esa condición económica, su afición por las manifestaciones populares lo que le ha permitido sobrevivir a la propaganda de la cerveza y la crítica social, transformándose la pulquería en un espacio de reproducción cultural en la que el pulquero y sus clientes se integran al interior con elementos propios, y al exterior, con la comunidad, con el barrio que los nutre de asistentes.

La pulquería no es el lugar indistinto al que acuden algunos consumidores y después van a otro sitio. Los elementos culturales que ahí se manifiestan aglutina un determinado número de clientes, y es especialmente la cohesión que se manifiesta en torno a los problemas personales, al culto religioso y, desde luego, al ceremonial del barrio, a donde como cualquier otro gremio, adquiere obligaciones frente al resto de la sociedad, lo que los acerca e integra alrededor de la pulquería.

Dependiendo de su ubicación —hay que considerar la rápida transformación de la ciudad de México—, la pulquería

se integra al ceremonial en mayor o menor medida; en tiempos lejanos eran precisamente las pulquerías las que contribuían con los judas, el 'Sábado de Gloria' y, en la actualidad, se encargan de apoyar con otros gastos necesarios en el barrio, de acuerdo al lugar.

Otro de los motivos por los que se mantiene un buen número de asistentes a la pulquería, se debe a la necesidad de consumir proteínas vegetales, hidratos de carbono y vitaminas, además de considerarse adecuado para los males estomacales, ya que "al pulque le falta un grado para ser carne" y por ello es utilizado para la alimentación infantil o para sustituir la leche materna cuando se desea destetarlo.

Alejandro Guzmán

LA PULQUERÍA

La pulquería o el espacio equidistante entre la muerte y la soledad...

La pulquería o las ganas infinitas de refundirse en la oscuridad del atardecer...

La pulquería o la decadencia de la conversación ¿verdad?, don Salvador Novo... o, ¿cómo la cerveza noqueó al pulque? ...

Papel de china flotando en el abigarrado aire del lugar, figuras que se recortan en la gama de colores, proposición de un folclor anquilosado...

Aserrín con los maderos de San Juan, comen pan, no les dan, toman pulque y les tuercen el gañote... con una "caguama" de cerveza.

Hebras reptantes, cadenciosas, suspendidas desesperantes en el inmenso espacio que va de la boca al vaso... ¡Ese eructo me saluda!

Sombras derramadas en la humedad del ambiente, esmirriadas en la conjunción del suelo y la pared. Sombras que retozan su lamento al amparo de un curado de tuna. Pulmón que oxigena el dolor, sobra que se abre como una herida en la luz del recinto carnal.

Espacios que al final del siglo se van reduciendo hasta quedar arrinconados entre la cerveza y el vino... y el cooler... culeeer...

La pulquería está dejando de ser el recinto sagrado donde los guerreros reposan sus cuítas, donde la existencia se percibe en el silencio que se exhala; en el cansancio de la existencia, miradas que atraviesan cada trago del líquido baboso, blanco, lechoso, suavizando las costras del vivir: o qué mi Rentoy, cual es la cuestión: estoy o no estoy: estar

ausente o ausente estar. ¡Ay dolor cómo dueles...!

Pulquería no había en tiempos prehispánicos, había pulque pero no el recinto del guerrero, del guerrero fatigado por el transcurrir de la existencia, esa existencia cotidiana que cansa y ostiga, que hiere y aburre; que hastía y castiga, que se cuele y no sabe, que se esparce y no huele. Que es pulquería y es ladina, es mestiza, es santo y seña de la vida urbana...

Aroma que anuncia en el siglo XIX la algarabía de los figones, almuercerías o fondas para que el cliente fuera preparando la confesión del neutle.

Fondas y figones donde el almuerzo acompañado con la bebida del maguey hacían la combinación sibarita por excelencia entre las maltratadas huestes de la vida.

Un siglo antes, en el comienzo del Siglo de las Luces, por medio real de los miserables, se suministraban un plato de almuerzo con un pedazo de pan y medio cuartillo de pulque, y a decir salud, que las luces del salón de banquetes se están apagando, aunque era tal la demanda y contundencia de la realidad que, si las autoridades de la época habían reglamentado y a veces prohibido el expendio de bebida en lugares multitudinarios, tuvieron que hacerse a la filosofía de los nuevos tiempos, de las modernas teorías económicas: dejar hacer, dejar pasar y a beber que el mundo se va a acabar. Y a decir verdad, a la Real Hacienda le fue como en caballo de Hacienda; comenzó a fiscalizar, en todos sentidos el comercio del pulque. Como verá, el negocio iba neutle en popa...

Sí, antiguamente el pulque era de uso cotidiano, se volvió de uso tributario: como dice la frase conocida: ¡Ebrios ya había! sólo se les permitió embriagarse. Luego entonces la ecuación era brillante: a más pulque bebido *per capita*, más le entran con su cuerno... ¡más IVA!

El reventón estaba hecho; si en tiempos del viejo Moteczuma se sorrajaban al joven ebrio que se encontraban en la

calle, aquí todo era cosa de caerle con el impuesto al valor agregado, sin deducibles para gastos médicos.

Eso no obstaba para que las mujeres que eran asiduas clientes de las almuercerías y figones se preocuparan por la moda, en los orígenes de las pulquerías está la moda, con sus llamativos colores.

Las mujeres asiduas a la mexicana alegría se dejaban caer con jerguetilla y estampados llamativos, por supuesto, sin mencionar los chirlos ni harapos. Y en la China, señora de la noche, el castor de lentejuela, el zapatito raso con mancuernas, las puntas enchiladas y la pierna limpia, y bien torneada, provocativa a más no poder, sin temor a Dios ni a los hombres... ¡Grítenme piedras del campo!

Solía haber en un rincón determinado, reminiscencia de alguna letra de canción de J.A. Jiménez, un músico con arpa pespunteando "El dormido" o "El jarabe colorado"; claro, para hacer ambiente, sin música no canta el alma, dice aquel perico alemán: Nietzsche, y se abría la rueda, bueno esto ya no nos cuenta en sus memorias don Guillermo Prieto, que vivió su tiempo con singular alegría, ya es de la cosecha del que escribe, lo que si dice o apunta, es el antecedente del salón de baile: y entonces curiosos y bailadores formaban con sus cuerpos un salón de baile... A todo esto don Memo se asombra del barullo ¡qué diría si hubiera conocido alguna pulcata en la década de los 50's de ese siglo!, ¡no se la acabaría..! ¿o sí?, nos cuenta que el griterío que se traía el personal era como de dos catrinas y un tornillo entre pecho y espalda. Por otra parte, don Manuel Payno no se espantaba, conociendo la cruz de su parroquia, más bien nos dice: entre estos centros de reunión social, de esos tiempos y los de principios de la Colonia no había mucha diferencia, sólo la que ya hemos apuntado, que estos sitios, a veces, por la gana de la autoridad o los tiempos morales, sociales, políticos, económicos y culturales o entraban en la clandestinidad o eran bien legales...

Por ejemplo: los españoles de la época, no los coterráneos de Felipe González, pedía moderación en la bebida del maguey a los oriundos de estas tierras de la tuna y el nopal. Esto no quiere decir que los originales de la Rioja no se pusieran hasta atrás, lo hacían y con caldos de la vida, ilos católicos y pudientes hasta vino de consagrar en la buena mesa! ahora, que dicen algunos estudiosos (Viquería): Los naturales de estas tierras del Anáhuac, se ponían bien burros pero nada más para efectos rurales. Ya que como hemos dicho, cuando eran los tiempos de los caballeros águila y tigre era muy penado andar incróspido. Más que los chavos banda eran los rucos soledad quiénes se ponían como Jonás: iballenas en altamar...!

Los reglamentos de la Nueva España —dice— Viquería, estaban hechos para impedir que la gente se reuniera en lugares cerrados, obligando a los concurrentes a estar siempre de pie. Entonces, el “rapidito” se hizo un arte, echarse una catrina en un suspiro, todo esto les falló de a feo, pues no fue la pulcata sino la iglesia (la Profesa) donde confabularan Iturbide y compañía del niño Jesús... ¡Güeros Rodríguez aporte...!

Como hemos visto, pulquerías propiamente dicho, no había, existían antecedentes, ya comienzan a agarrar características actuales, a mediados del siglo pasado.

El estimadísimo García Cùbas nos cuenta o nos cuenta, que de aquellos jacalones con techo de tejamanil fueron surgiendo con la nueva traza de la ciudad, construcciones rococo estableciéndose las pulquería, ya no sólo comenzó a agarrar vuelo la imaginación y el decoro de la pulcata, siendo contratados para la decoración artistas de esos lugares, como afirma García Cubas, en que todo era verdaderamente prosaico y vulgar.

Y ahora si señoras y señores agárrense fuerte que vamos a entrar a la “toma de Zacatecas” bailando. De aquellos lugares describe don Manuel Payno: “En el fondo y contra

la pared única que la abrigaba del viento había tinas pintadas de azul, verde y encarnado, cada uno de sus nombres: La Vencedora, La Terrible, La Matasiete, La Llorona, La Madrugadora, etcétera”:

Generalmente estaban adornadas con flores y eran atendidas por una mujer con su matón al lado. En las mañanas almorzaban ahí los campesinos después de vender sus productos en el mercado (igualtitito como le hacen los cargadores y macapaleros de la Merced), comprando antojitos a las mujeres que se ponían fuera de ellas. Del medio día en adelante la concurrencia eran galanes y sus chinas [...] grupos musicales que amenizaban el lugar, los hombres jugaban a la rayuela y contemplaban el cuadro curiosos [...]

Ah que don Manolo Payno, si hace unos años hubiera dado una revisadita por las susodichas del centro histórico se volvería a desmayar.

Todavía por estos días hay alguna pulquería languideciendo, que se ajustan a la descripción de don Manolo, por las faldas de los cerros de la Villa, en Neza o Naucalpan...

En la última mitad del siglo XIX la pulcata estaba más puesta que un calcetín para alzar el vuelo de los mitos, y el enriquecimiento de la cultura popular y el bolsillo del pulquero...

(2)

La pulquería como recinto de convivencia social en grandes capas de la población de la ciudad de México, entró en decadencia al comenzar la década de los años sesentas, y comenzó a reconocer como lugar mítico al paso de estos años entre grupos de intelectuales y artistas...

De las anécdotas donde los muralistas pintaban en las paredes de las pulquerías a la recolección antológica de los nombres que llevan las pulquerías se fue tejiendo la icono-

grafía, que afortunadamente, la cámara fotográfica se atrevió a mirar en esas paredes, paredes que albergan almas en pena.

De las celebradas quemas de judas a los juegos de apuestas, del hombre gordo y más que gordo panzón, a los juegos verbales que salían a borbotones de las puertas de las pulquerías se fue recorriendo la galería de personajes que aportaba a la mitología popular urbana el gusto por el neutle...

Del célebre departamento de mujeres al rentoy, la pitimata, las catrinas, los tornillos, cacarizos y los curados de fruta, se fue enriqueciendo la fabulación popular.

Clik para el pulquero rechoncho y bigotón, que de amelia sonrisa hace alarde a la hora de llenar de pulque el vaso.

Clik a la orquesta urbana, hecha a base de saliva y xico. Y cómo no admirarse del regusto por los antojitos a la caída de la tarde, después de ocho horas de fatiga laboral, de lucha contra la pereza, y el dolor que atosiga, de no dejarse deprimir por las canciones de Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas, de atravesarse este curado de melón, nada más para demostrar que el pulque es muchachero, es el afrodisiaco de los marginados; el —*ginsen*— de los descarriados...

Este es el recinto donde la vida encuentra su reflexión, donde las penas se pavonean en las espaldas del parroquiano, aquél que nadie sabe lo que lleva dentro: Quien sepa de amores que calle y comprenda, pues no se vuelve a amar a tan falsos sentimiento con tan profundo amor... Ojos que no ven, corazón que no siente, o que mi cuis, se te frunce el cutis nada más de acordarte, ¿para qué está la sinfonola?, ¿para qué está el altarcito de la virgencita de Guadalupe?, para qué, sino para desahogar esta pena que traes en el alma, para que estacionarse en este changarro si no es para alivianar la sed del moribundo, como aquellos personajes de Beckett que se arrastran en la oscuridad, sin nombre, sin rostro, pura vida cansada, molida a golpes existenciales, este

es el recinto donde los judas se queman y truenan con los cohetes como si fueran ejotes, este es el periplo ciudadano que va de la vida a la muerte, del cansancio de la tarde, al hostigamiento al amanecer...

La pulcata en este siglo veinte, se adivina en el espacio hacinado, multicolor y multioloroso, lenguaje del color y el olor, principalmente ese olor seco, quebradizo, sediento, multiforme, que reptar, se resbala, se impregna, se entiende y carcome en las paredes, las paredes descarapeladas, sebosas, cochambrosas, hilos de polvo grasoso, estas son las paredes, estas cuatro paredes que cubren de las inclemencias de los tiempos a los transeúntes que se tienden, nada más a apagar la sed del guerrero... ¡la del estribo mi buen...!

Guerrero descalabrado, herido, maldecido, soldado solitario que llega al lugar añorado para penetrar en la penumbra, penumbra clásica en las pulquerías, penumbras que revolotea entre los afanes coloristas de la decoración, penumbra que se resiente con el grito descarnado del que quiere unir su existencia a los demás...

Aquellos son y dejan de ser... que son en el recinto y se alejan en el anonimato del tráfico urbano.

Esta es la ciudad de los palacios, esta es la ciudad donde los sitios se reducen y los resquicios hacen acopio de fantasía para asirse con los hombres, los hombres cotidianos, los hombres del trabajo descarnado, y el sudor malpagado, estos son los hombres que habitaron y dieron vida y alimentaron la sobrevivencia de un consumo que languidece, como los campos de Apan.

Resequedad de una nostalgia que no fue más allá de la celebración del nombre: Aquí Estoy, Las Mulas de Colón, Entre dos Fuegos, La Sangre Azteca, La Parroquia, Mi Oficina, Sal si Puedes, La Quemazón, ¡El Gran Tinacal!

Lo que queda son los hombres que se cobijaron y revolotearon al son de la marimba trashumana que todavía deambula entre pulquería y cantina o mercado público, con

acompañamiento de batería y trompeta o saxofón para entonar aquello de: Yo tengo una cotorra... O que se regodeaba en las notas de "Teléfono a larga distancia" o la canción de moda...

Y digo el personal parafernalia que recorre o recorría los recintos del reposo del guerrero es infinito: El Bolero: Boleada joven, le quedan como de charol, la novia se va a ver su lindo rostro en el espejo de sus mocasines... Bolero que se escabullía de la mirada y escupitinas, pues el arte de beber pulque está en correspondencia con el arte de lanzar la escupitina, a una distancia respetable, mientras se alarga dócilmente el bigote hasta llegar a la mera punta del mostacho, despertando las envidias de los descendientes de Cuauhtémoc, hombres lampiños que encarnan en el bigote ralo de Cantinflas... o, ¿vamos viendo quien hace el alacrán?

Vender billetes de lotería: El huerfanito, jefe, sí jefecito, el voladito que se echó por la Bondonjito, aquella noche lluviosa: Dos y dos son cuatro, cuatro y tres son siete, siete el número de la suerte, la del osito bailarín, no se haga si no tienta a la suerte cuándo la va a hacer. Negra, negra consentida, negra de mi vida quién te quiere a ti... Y el trío encarnado como si fuera la santísima Trinidad, tres personas en una sola persona, arte y magia de la vida cotidiana, ingenio de la sobrevivencia... Él, toca el güiro, él, toca las maracas y él toca el requinto, y el de pilón hace los coros y la primera voz: Noooo, yo no puedo dejar de quererte, yo no puedo dejar de pensar que te amé. Noooo y noooo, no te lo voy a creer... Y el Güero Gil, Johny Albino, todos juntos encarnados en la voz aterciopelada de el Negro Arellano, quien pasa la gorrita para que le caiga con unas monedas la alegre concurrencia, de este elegante sitio, donde las cuitas de Apan se derraman a pura punta de jicarazos...

Y afuera ululando llega el grito antojador: Deee güey y vaca, calientitos y al hocico... Sí chicharrones de sebo de

LA PULQUERÍA

La pulquería o el espacio equidistante entre la muerte y la soledad...

La pulquería o las ganas infinitas de refundirse en la oscuridad del atardecer...

La pulquería o la decadencia de la conversación ¿verdad?, don Salvador Novo... o, ¿cómo la cerveza noqueó al pulque? ...

Papel de china flotando en el abigarrado aire del lugar, figuras que se recortan en la gama de colores, proposición de un folclor anquilosado...

Aserrín con los maderos de San Juan, comen pan, no les dan, toman pulque y les tuercen el gañote... con una "caguama" de cerveza.

Hebras reptantes, cadenciosas, suspendidas desesperantes en el inmenso espacio que va de la boca al vaso... ¡Ese eructo me saluda!

Sombras derramadas en la humedad del ambiente, esmirriadas en la conjunción del suelo y la pared. Sombras que retozan su lamento al amparo de un curado de tuna. Pulmón que oxigena el dolor, sobra que se abre como una herida en la luz del recinto carnal.

Espacios que al final del siglo se van reduciendo hasta quedar arrinconados entre la cerveza y el vino... y el cooler... culeeer...

La pulquería está dejando de ser el recinto sagrado donde los guerreros reposan sus cuítas, donde la existencia se percibe en el silencio que se exhala; en el cansancio de la existencia, miradas que atraviesan cada trago del líquido baboso, blanco, lechoso, suavizando las costras del vivir: o qué mi Rentoy, cual es la cuestión: estoy o no estoy: estar

ausente o ausente estar. ¡Ay dolor cómo dueles...!

Pulquería no había en tiempos prehispánicos, había pulque pero no el recinto del guerrero, del guerrero fatigado por el transcurrir de la existencia, esa existencia cotidiana que cansa y ostiga, que hiere y aburre; que hastía y castiga, que se cuele y no sabe, que se esparce y no huele. Que es pulquería y es ladina, es mestiza, es santo y seña de la vida urbana...

Aroma que anuncia en el siglo XIX la algarabía de los figones, almuercerías o fondas para que el cliente fuera preparando la confesión del neutle.

Fondas y figones donde el almuerzo acompañado con la bebida del maguey hacían la combinación sibarita por excelencia entre las maltratadas huestes de la vida.

Un siglo antes, en el comienzo del Siglo de las Luces, por medio real de los miserables, se suministraban un plato de almuerzo con un pedazo de pan y medio cuartillo de pulque, y a decir salud, que las luces del salón de banquetes se están apagando, aunque era tal la demanda y contundencia de la realidad que, si las autoridades de la época habían reglamentado y a veces prohibido el expendio de bebida en lugares multitudinarios, tuvieron que hacerse a la filosofía de los nuevos tiempos, de las modernas teorías económicas: dejar hacer, dejar pasar y a beber que el mundo se va a acabar. Y a decir verdad, a la Real Hacienda le fue como en caballo de Hacienda; comenzó a fiscalizar, en todos sentidos el comercio del pulque. Como verá, el negocio iba neutle en popa...

Sí, antiguamente el pulque era de uso cotidiano, se volvió de uso tributario: como dice la frase conocida: ¡Ebrios ya había! sólo se les permitió embriagarse. Luego entonces la ecuación era brillante: a más pulque bebido *per capita*, más le entran con su cuerno... ¡más IVA!

El reventón estaba hecho; si en tiempos del viejo Moteczoma se sorrajaban al joven ebrio que se encontraban en la

calle, aquí todo era cosa de caerle con el impuesto al valor agregado, sin deducibles para gastos médicos.

Eso no obstaba para que las mujeres que eran asiduas clientes de las almuercerías y figones se preocuparan por la moda, en los orígenes de las pulquerías está la moda, con sus llamativos colores.

Las mujeres asiduas a la mexicana alegría se dejaban caer con jerguetilla y estampados llamativos, por supuesto, sin mencionar los chirlos ni harapos. Y en la China, señora de la noche, el castor de lentejuela, el zapatito raso con mancuernas, las puntas enchiladas y la pierna limpia, y bien torneada, provocativa a más no poder, sin temor a Dios ni a los hombres... ¡Grítenme piedras del campo!

Solía haber en un rincón determinado, reminiscencia de alguna letra de canción de J.A. Jiménez, un músico con arpa pespunteando “El dormido” o “El jarabe colorado”; claro, para hacer ambiente, sin música no canta el alma, dice aquel perico alemán: Nietzsche, y se abría la rueda, bueno esto ya no nos cuenta en sus memorias don Guillermo Prieto, que vivió su tiempo con singular alegría, ya es de la cosecha del que escribe, lo que si dice o apunta, es el antecedente del salón de baile: y entonces curiosos y bailadores formaban con sus cuerpos un salón de baile... A todo esto don Memo se asombra del barullo ¡qué diría si hubiera conocido alguna pulcata en la década de los 50's de ese siglo!, ino se la acabaría..! ¿o sí?, nos cuenta que el griterío que se traía el personal era como de dos catrinas y un tornillo entre pecho y espalda. Por otra parte, don Manuel Payno no se espantaba, conociendo la cruz de su parroquia, más bien nos dice: entre estos centros de reunión social, de esos tiempos y los de principios de la Colonia no había mucha diferencia, sólo la que ya hemos apuntado, que estos sitios, a veces, por la gana de la autoridad o los tiempos morales, sociales, políticos, económicos y culturales o entraban en la clandestinidad o eran bien legales...

Por ejemplo: los españoles de la época, no los coterráneos de Felipe González, pedía moderación en la bebida del maguey a los oriundos de estas tierras de la tuna y el nopal. Esto no quiere decir que los originales de la Rioja no se pusieran hasta atrás, lo hacían y con caldos de la vida, ilos católicos y pudientes hasta vino de consagrar en la buena mesa! ahora, que dicen algunos estudiosos (Viquería): Los naturales de estas tierras del Anáhuac, se ponían bien burros pero nada más para efectos rurales. Ya que como hemos dicho, cuando eran los tiempos de los caballeros águila y tigre era muy penado andar incróspido. Más que los chavos banda eran los rucos soledad quiénes se ponían como Jonás: ¡ballenas en altamar...!

Los reglamentos de la Nueva España —dice— Viquería, estaban hechos para impedir que la gente se reuniera en lugares cerrados, obligando a los concurrentes a estar siempre de pie. Entonces, el “rapidito” se hizo un arte, echarse una catrina en un suspiro, todo esto les falló de a feo, pues no fue la pulcata sino la iglesia (la Profesa) donde confabularan Iturbide y compañía del niño Jesús... ¡Güeros Rodríguez aporte...!

Como hemos visto, pulquerías propiamente dicho, no había, existían antecedentes, ya comienzan a agarrar características actuales, a mediados del siglo pasado.

El estimadísimo García Cùbas nos cuenta o nos cuentea, que de aquellos jacalones con techo de tejamanil fueron surgiendo con la nueva traza de la ciudad, construcciones rococo estableciéndose las pulquería, ya no sólo comenzó a agarrar vuelo la imaginación y el decoro de la pulcata, siendo contratados para la decoración artistas de esos lugares, como afirma García Cubas, en que todo era verdaderamente prosaico y vulgar.

Y ahora si señoras y señores agárrense fuerte que vamos a entrar a la “toma de Zacatecas” bailando. De aquellos lugares describe don Manuel Payno: “En el fondo y contra

la pared única que la abrigaba del viento había tinas pintadas de azul, verde y encarnado, cada uno de sus nombres: La Vencedora, La Terrible, La Matasiete, La Llorona, La Madrugadora, etcétera”:

Generalmente estaban adornadas con flores y eran atendidas por una mujer con su matón al lado. En las mañanas almorzaban ahí los campesinos después de vender sus productos en el mercado (igualtitito como le hacen los cargadores y macapaleros de la Merced), comprando antojitos a las mujeres que se ponían fuera de ellas. Del medio día en adelante la concurrencia eran galanes y sus chinas [...] grupos musicales que amenizaban el lugar, los hombres jugaban a la rayuela y contemplaban el cuadro curiosos [...]

Ah que don Manolo Payno, si hace unos años hubiera dado una revisadita por las susodichas del centro histórico se volvería a desmayar.

Todavía por estos días hay alguna pulquería languideciendo, que se ajustan a la descripción de don Manolo, por las faldas de los cerros de la Villa, en Neza o Naucalpan...

En la última mitad del siglo XIX la pulcata estaba más puesta que un calcetín para alzar el vuelo de los mitos, y el enriquecimiento de la cultura popular y el bolsillo del pulquero...

(2)

La pulquería como recinto de convivencia social en grandes capas de la población de la ciudad de México, entró en decadencia al comenzar la década de los años sesentas, y comenzó a reconocer como lugar mítico al paso de estos años entre grupos de intelectuales y artistas...

De las anécdotas donde los muralistas pintaban en las paredes de las pulquerías a la recolección antológica de los nombres que llevan las pulquerías se fue tejiendo la icono-

grafía, que afortunadamente, la cámara fotográfica se atrevió a mirar en esas paredes, paredes que albergan almas en pena.

De las celebradas quemas de judas a los juegos de apuestas, del hombre gordo y más que gordo panzón, a los juegos verbales que salían a borbotones de las puertas de las pulquerías se fue recorriendo la galería de personajes que aportaba a la mitología popular urbana el gusto por el neutle...

Del célebre departamento de mujeres al rentoy, la pitimata, las catrinas, los tornillos, cacarizos y los curados de fruta, se fue enriqueciendo la fabulación popular.

Clik para el pulquero rechoncho y bigotón, que de amelia sonrisa hace alarde a la hora de llenar de pulque el vaso.

Clik a la orquesta urbana, hecha a base de saliva y xico. Y cómo no admirarse del regusto por los antojitos a la caída de la tarde, después de ocho horas de fatiga laboral, de lucha contra la pereza, y el dolor que atosiga, de no dejarse deprimir por las canciones de Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas, de atravesarse este curado de melón, nada más para demostrar que el pulque es muchachero, es el afrodisiaco de los marginados; el —*ginsen*— de los descarriados...

Este es el recinto donde la vida encuentra su reflexión, donde las penas se pavonean en las espaldas del parroquiano, aquél que nadie sabe lo que lleva dentro: Quien sepa de amores que calle y comprenda, pues no se vuelve a amar a tan falsos sentimiento con tan profundo amor... Ojos que no ven, corazón que no siente, o que mi cuis, se te frunce el cutis nada más de acordarte, ¿para qué está la sinfonola?, ¿para qué está el altarcito de la virgencita de Guadalupe?, para qué, sino para desahogar esta pena que traes en el alma, para que estacionarse en este changarro si no es para alivianar la sed del moribundo, como aquellos personajes de Beckett que se arrastran en la oscuridad, sin nombre, sin rostro, pura vida cansada, molida a golpes existenciales, este

es el recinto donde los judas se queman y truenan con los cohetes como si fueran ejotes, este es el periplo ciudadano que va de la vida a la muerte, del cansancio de la tarde, al hostigamiento al amanecer...

La pulcata en este siglo veinte, se adivina en el espacio hacinado, multicolor y multioloroso, lenguaje del color y el olor, principalmente ese olor seco, quebradizo, sediento, multiforme, que reptar, se resbala, se impregna, se entiende y carcome en las paredes, las paredes descarapeladas, sebosas, cochambrosas, hilos de polvo grasoso, estas son las paredes, estas cuatro paredes que cubren de las inclemencias de los tiempos a los transeúntes que se tienden, nada más a apagar la sed del guerrero... ¡la del estribo mi buen...!

Guerrero descalabrado, herido, maldecido, soldado solitario que llega al lugar añorado para penetrar en la penumbra, penumbra clásica en las pulquerías, penumbras que revolotea entre los afanes coloristas de la decoración, penumbra que se resiente con el grito descarnado del que quiere unir su existencia a los demás...

Aquellos son y dejan de ser... que son en el recinto y se alejan en el anonimato del tráfico urbano.

Esta es la ciudad de los palacios, esta es la ciudad donde los sitios se reducen y los resquicios hacen acopio de fantasía para asirse con los hombres, los hombres cotidianos, los hombres del trabajo descarnado, y el sudor malpagado, estos son los hombres que habitaron y dieran vida y alimentan la sobrevivencia de un consumo que languidece, como los campos de Apan.

Resequedad de una nostalgia que no fue más allá de la celebración del nombre: Aquí Estoy, Las Mulas de Colón, Entre dos Fuegos, La Sangre Azteca, La Parroquia, Mi Oficina, Sal si Puedes, La Quemazón, ¡El Gran Tinacal!

Lo que queda son los hombres que se cobijaron y revolotearon al son de la marimba trashumana que todavía deambula entre pulquería y cantina o mercado público, con

acompañamiento de batería y trompeta o saxofón para entonar aquello de: Yo tengo una cotorra... O que se regodeaba en las notas de "Teléfono a larga distancia" o la canción de moda...

Y digo el personal parafernalia que recorre o recorría los recintos del reposo del guerrero es infinito: El Bolero: Boleada joven, le quedan como de charol, la novia se va a ver su lindo rostro en el espejo de sus mocasines... Bolero que se escabullía de la mirada y escupitinas, pues el arte de beber pulque está en correspondencia con el arte de lanzar la escupitina, a una distancia respetable, mientras se alarga dócilmente el bigote hasta llegar a la mera punta del mostacho, despertando las envidias de los descendientes de Cuauhtémoc, hombres lampiños que encarnan en el bigote ralo de Cantinflas... o, ¿vamos viendo quien hace el alacrán?

Vender billetes de lotería: El huerfanito, jefe, sí jefecito, el voladito que se echó por la Bondonjito, aquella noche lluviosa: Dos y dos son cuatro, cuatro y tres son siete, siete el número de la suerte, la del osito bailarín, no se haga si no tienta a la suerte cuándo la va a hacer. Negra, negra consentida, negra de mi vida quién te quiere a ti... Y el trío encarnado como si fuera la santísima Trinidad, tres personas en una sola persona, arte y magia de la vida cotidiana, ingenio de la sobrevivencia... Él, toca el güiro, él, toca las maracas y él toca el requinto, y el de pilón hace los coros y la primera voz: Noooo, yo no puedo dejar de quererte, yo no puedo dejar de pensar que te amé. Noooo y noooo, no te lo voy a creer... Y el Güero Gil, Johny Albino, todos juntos encarnados en la voz aterciopelada de el Negro Arellano, quien pasa la gorrita para que le caiga con unas monedas la alegre concurrencia, de este elegante sitio, donde las cuitas de Apan se derraman a pura punta de jicarazos...

Y afuera ululando llega el grito antojador: Deee güey y vaca, calientitos y al hocico... Sí chicharrones de sebo de

güey con salsa mexicana y tostadas fritas en la grasa del chicharrón, pásele, pásele al fondo está la catrina y el carizo que le quieren ver la cara...

Ojos que ven, corazón de melón, melo, melo corazón; corazón de melón... Porque el pulque blanco y el azucarado, es el rosado melón, es el líquido baboso que llena el espacio de ese cuenco, es el brebaje que aviva la lengua y la transforma en ingenio: Albur de mis albuces, reina madre que quisiste y no pudiste... Porque en el ojal se ensarta la suerte, la que prestas como éstas... bilisrubina que sube y se baja, que se estira y se afloja, pues el destino de la dama es aflojar, aflojar aunque después de tantas revisaditas en la cama siga siendo virgen e inmaculada, porque el amor de mis amores, no se puede amar con tan profundo amor a tanta falsas ilusiones... Griten, griten que la palabra retiemble en estas cuatro paredes adornadas con papel de china y mil llamativos colores, pues en qué quedamos pelona: ¿Me llevas o no me llevas? Reto del perdedor, desquite del jodido, albur de amor, claro de luna, tajada de vida bebida en un suspiro, ¿verdad Li-po? Vaso del ayer y de la noche, vasos del dolor contenido, vaso del amor desharrapados, eructo desfacedor de entuertos, eructo alivianador, eructo reverberador, consonancia del alma, risa esbozada detrás de ese enorme estómago sedentario, a dónde se han ido los guerreros, dónde los ires y venires de la ciudad, colores que se resguardan en el mingiterio, una paradita estratégica, un *click* en pleno *rictus* del amor adolorido, un fotograma desolador, una existencia atrapada en pleno vuelo del águila caída...

(3)

Instante testimonial, segundo congelado, perennidad achi-copalada, es ver y rever, obtener el gesto en el brillo de la mirada cansada, ah que lustros y que tiempos contenidos, *click* furtivo transformado en tiempo inmemorial, 1979, el

Gran Tinacal, esquina de la encrucijada: Calles de Manuel Doblado y Peña y Peña, calles añejadas, rancias del vivir, equidistantes entre Tepito y la Merced, barrios desgastados capaces de albergar el alma en pena y el rigor de la tragedia...

Si tomamos la calle de Peña y Peña desde su nacimiento de Buenavista, Violeta calle de origen ferrocarrilero cruzando incólume la colonia Guerrero, atravesando la bella San Juan de Letrán, bordeando Garibaldi, a punta de trompetazos mariachiles, la avenida se transforma en calle República del Perú, en pleno ambiente de la Lagunilla, erigiéndose monumentos a fistiana: Arena Coliseo, cabaret la Arena hasta arañar los límites de Tepito y el exbarrio universitario, allí caballeros hasta topar con el Gran Tinacal, se divisan por sus arcos, que dan sombra a los vestigios de la extinta pulquería. Si se tratara de llegar por las entrañas de los barrios, entonces Manuel Doblado la agarra en la vecindad de los Hijos de Sánchez, hoy múltiples módulos azul y blanco por arte de magia de la Renovación de la Habitación Popular, allí se trepa y se arranca hasta topar la línea de demarcación de la tradicional Merced, adelante, se encuentra la iglesia de la Santísima, más famosa por albergar el cementerio de los elefantes (teporocho que por ser una obra maestra del barroco novohispano...)

Así en cabalístico sitio se erguía el Gran Tinacal, hoy desaparecida pulquería, vestigio de los arcos; las puertas, los olores y la penumbra quedan, el mural en el interior de los arcos ha sido sustituido por gruesas capas de pintura de aceite de un azul estallante que Dios guarde la hora en el sol de primavera. A decir del heredero del recinto los guerreros acabaron con el ambiente, ya no era negocio, si tuvo grandes épocas y asistencia de prosapia, en el año de 1987, la clientela fue invadida por los teporochos...

¿Por qué los teporochos no beben pulque? Si el pulque es más barato que el vino, la cerveza o el alcohol y surge

puro de la madre naturaleza, es ancestral en nuestra cultura y nos pone igual de burros, y nos hace rebuznar en el atardecer de nuestra existencia.

Jura el heredero del Gran Tinacal que mejor va a poner una hostionería con permiso para vender cerveza, hoy esta antigua pulquería es un oscuro bodegón: Los teporochos acabaron con el gusto por el pulque, iban y entraban y departían en el interior de la pulcata sin reverenciar al pulquero, ni hacer caso a la catrina, ni a los carcasos, ni a los tornillos, todos los envases para beber en medidas de pulque: Vasos, tarros y jarrones de hermosas formas, vidrios inflamados con recovecos para albergar el pulque, la fantasía y el alusine del vidrio y del gordo botijón fueron arrumbas por el cambio de gustos de los guerreros, que van olvidando realizar el alacrán a la hora de terminar de beber el pulque.

De ese tiempo y esa fotografía testimonial, de esa crónica visual, y ese dolor traslúcido sólo queda eso, el dolor cotidiano de los guerreros de estos lares: Masehuales que han cambiado el neutle por el alcohol de 96°, guardados celosamente en botellitas de tequila, botellitas a las que el heredero del Gran Tinacal acusa de la bancarrota de la pulcata, en los hoy céntricos lugares de la ciudad.

Pero, hace años, ahí estuvo don Israel K... Y vio, y miró por nosotros y para nosotros, atrapó el tiempo pasado, el final de un tiempo pasado, un final que esta pasando, aunque el dolor, el sufrimiento, la tragedia estén presentes pues hablamos de formas culturales, no de la condición humana: Las culturas populares son vivas, es decir: nadie se puede bañar dos veces en la misma pulcata: ¡eureka!, ¡salud!

Si las cortinas de hierro se rasgaron por qué la cortina del nopal habría de quedar incólume. El heredero del Gran Tinacal lamentándose, nos dice que los teporochos se albergaban en la pulcata, no consumían pulque sino que temían sus teporochos, usando el lugar como lugar de paso: Mingi-

torio, mesas y el cobijo de la penumbra: con el perdón de usted se hacía puros desmadres, hubo dos que tres enfarrados, puras broncas y nada de negocio tuve que cerrar. Voy a poner una hostionería con permiso para cerveza... Y el cronista recuerda a la vuelta la cantidad de hoteles de paso, buen refugio para las parejas que buscan los ánimos para emprender el retozo del guerrero. Buen negocio, si se hace, este de la hostionería con permiso para consumir cerveza. Si la Real Hacienda tenía razón cada impuesto a su tiempo: Clausurar y reabrir, permisos y confirmaciones es la ley de la vida, pero, y ¿el Gran Tinacal?

Don Israel K... estuvo, ahí, durante cuatro meses, en el año de 1979 para, como Herodoto contemporáneo, enriquecer la memoria visual de nuestras culturas populares, y en este caso redomadamente urbano: O que no les ven las patillas y los cuellos largos a lo José José, el cantante de *La nave del olvido*, *El triste*, “y quién puede ser si es que no soy yo...” Música de fondo para esas matas de los sesentas que se comenzaban a despedir, eso lentes y esas telas y esos zapatos que impecables denotan el tiempo atrazado, un tiempo que ahora sabemos es de transición. ¿Cómo se dicen: bien burros, en ruso: archichornía?

Armando Ramírez



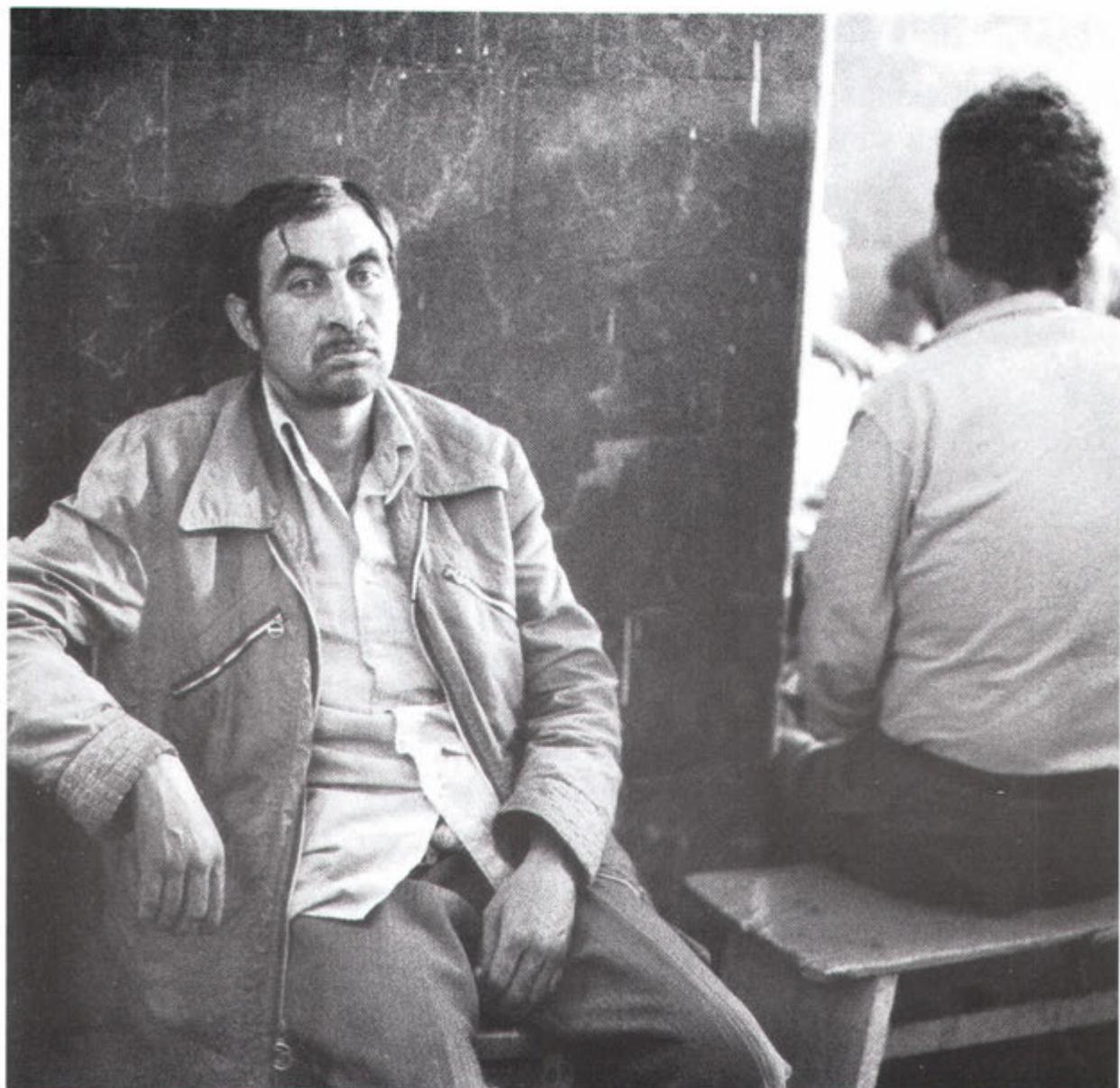


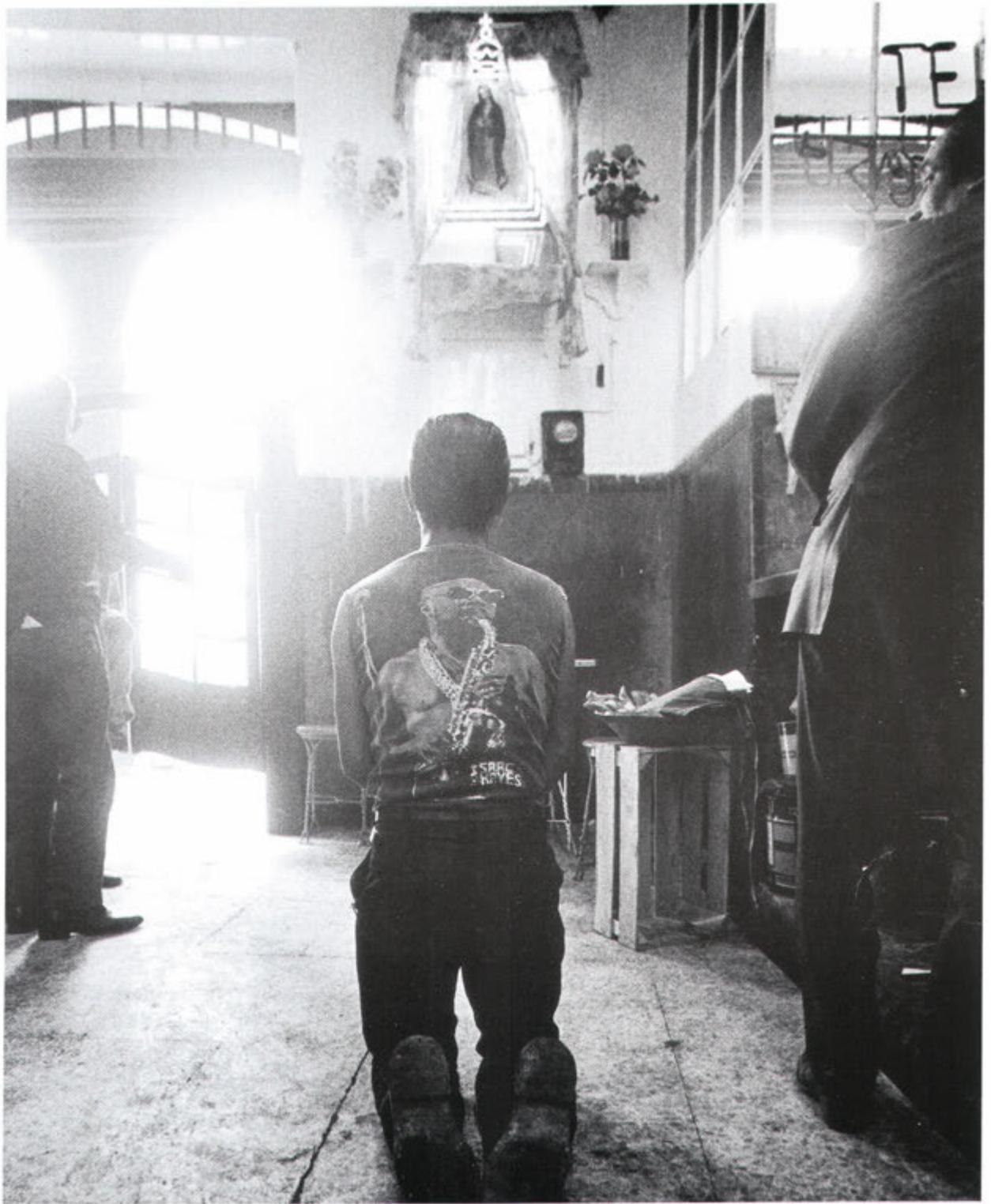








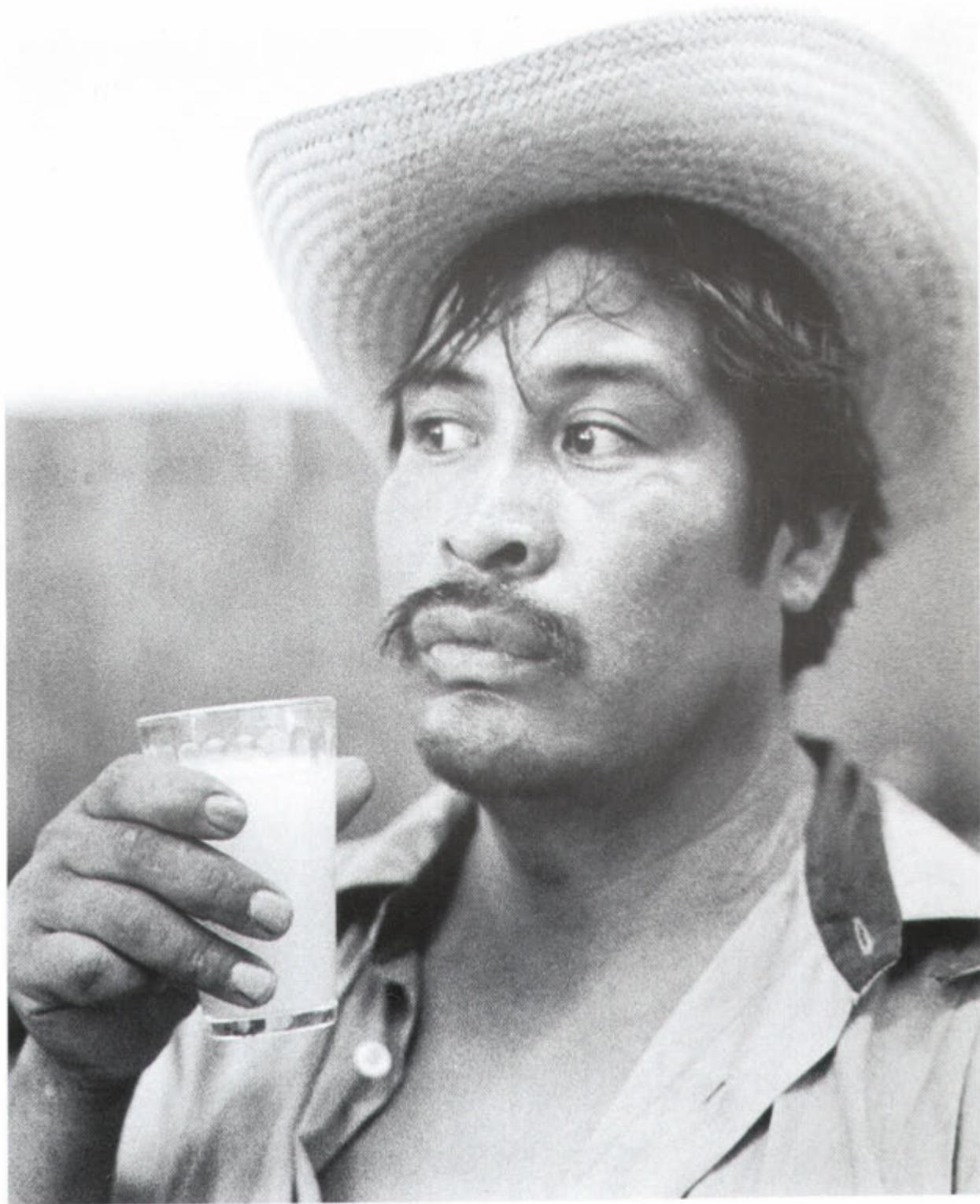


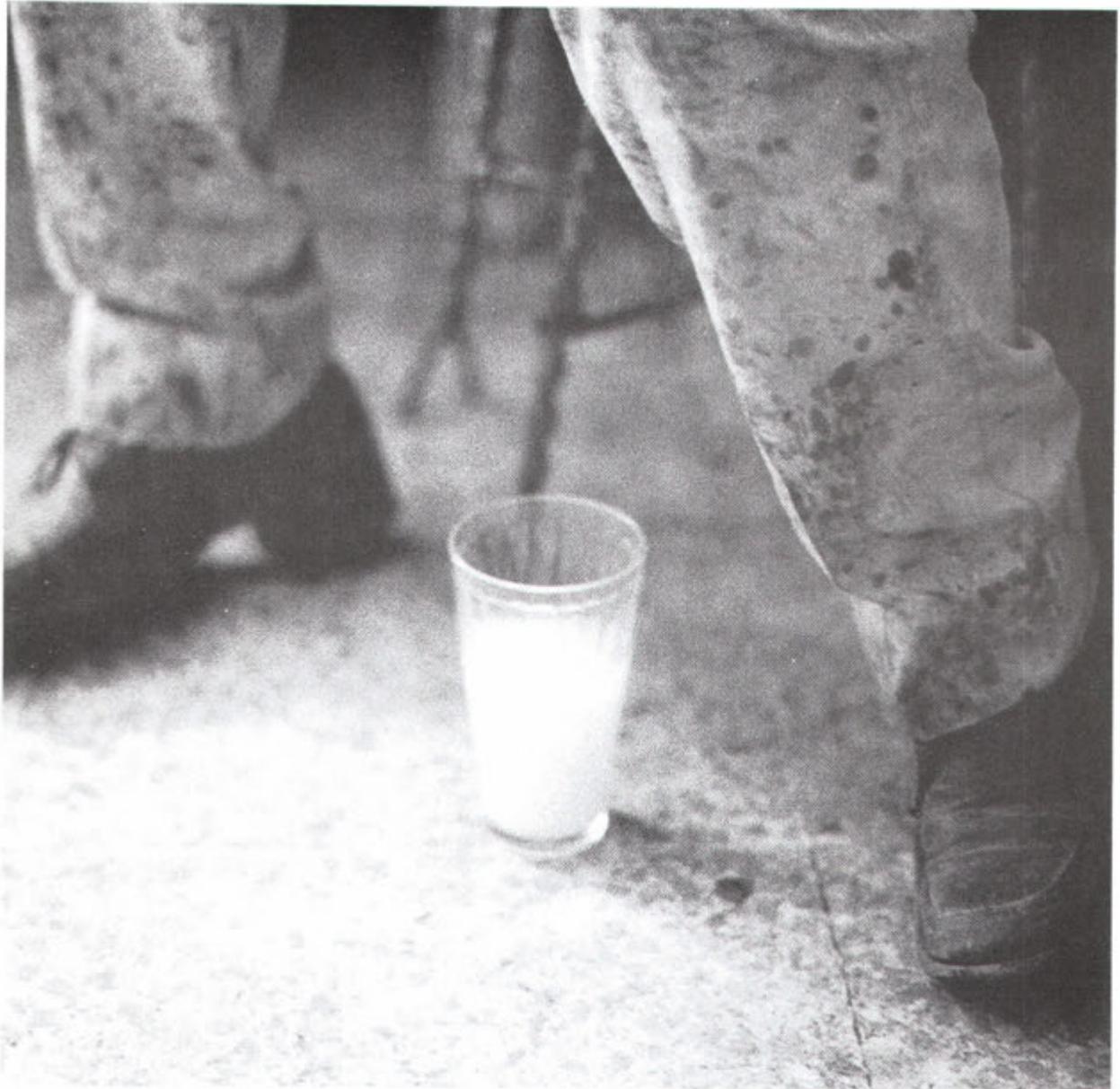


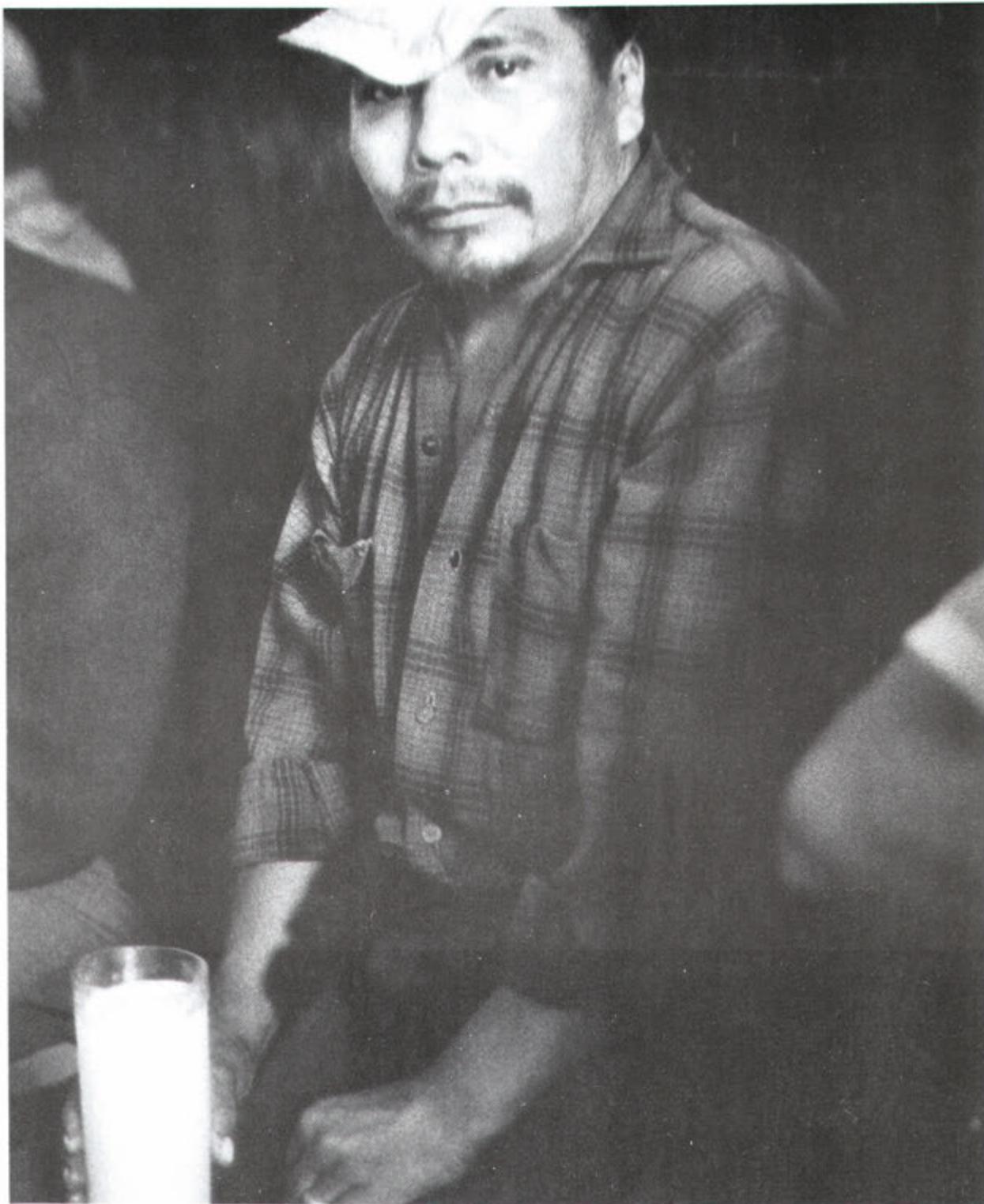






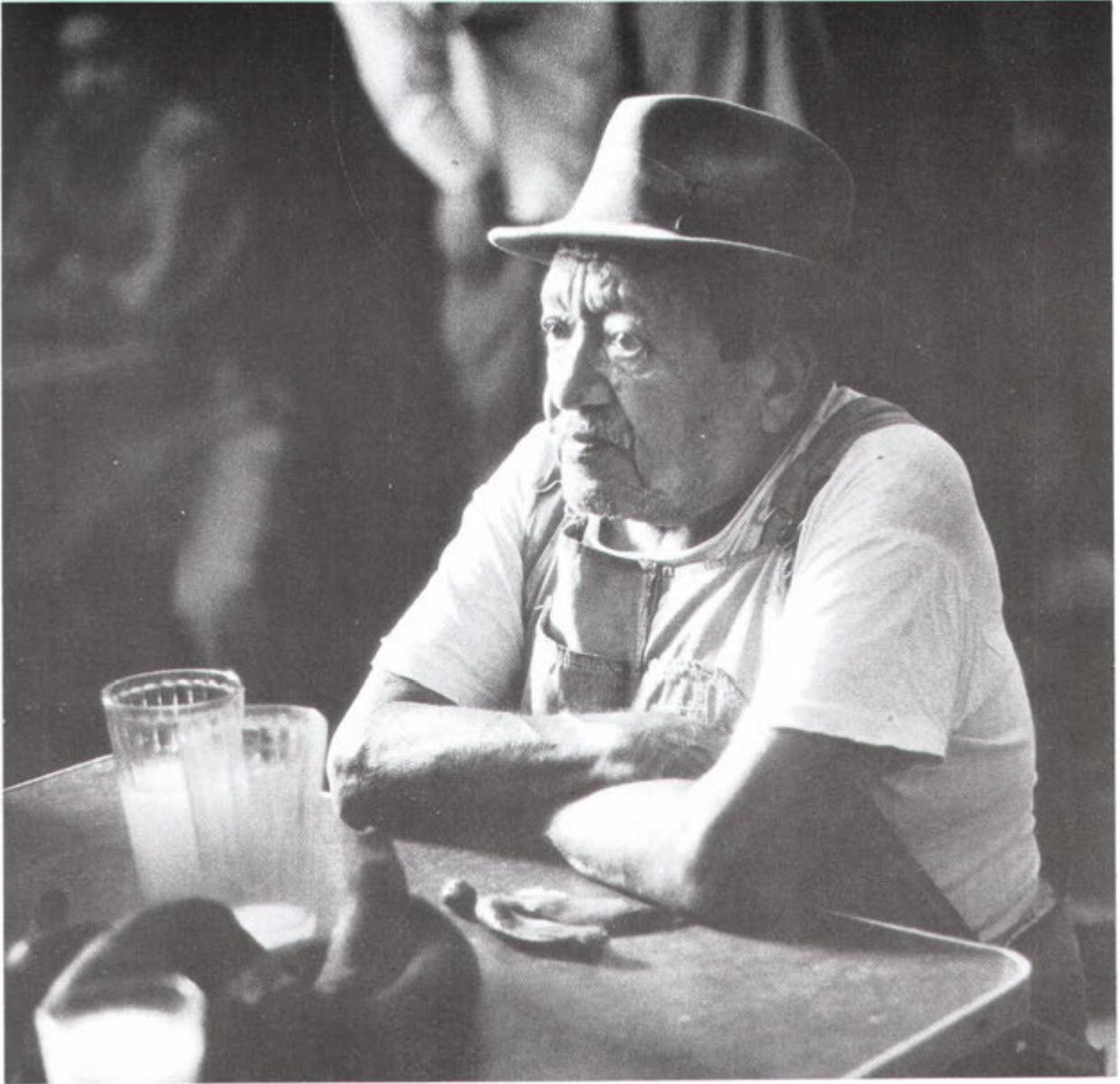


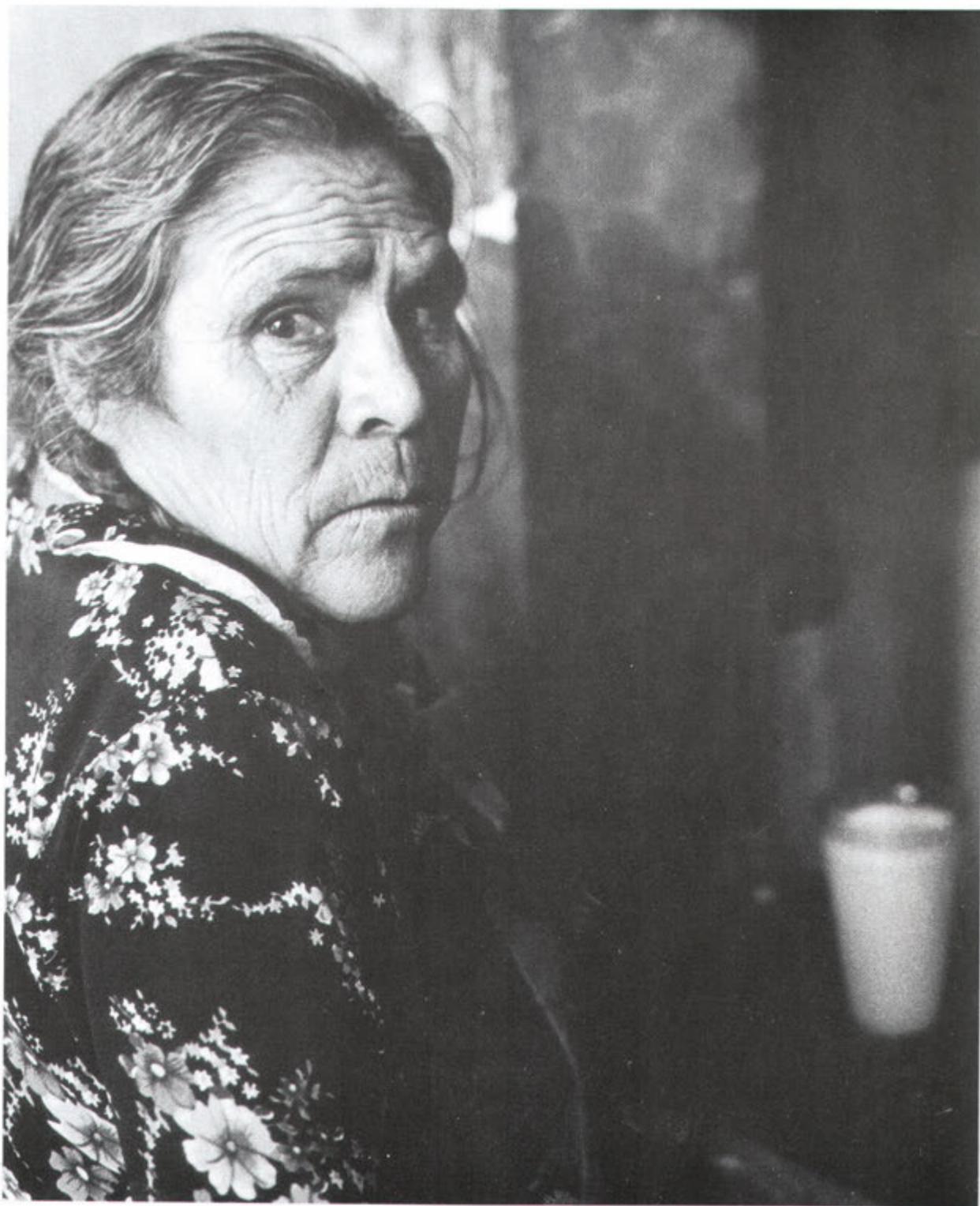


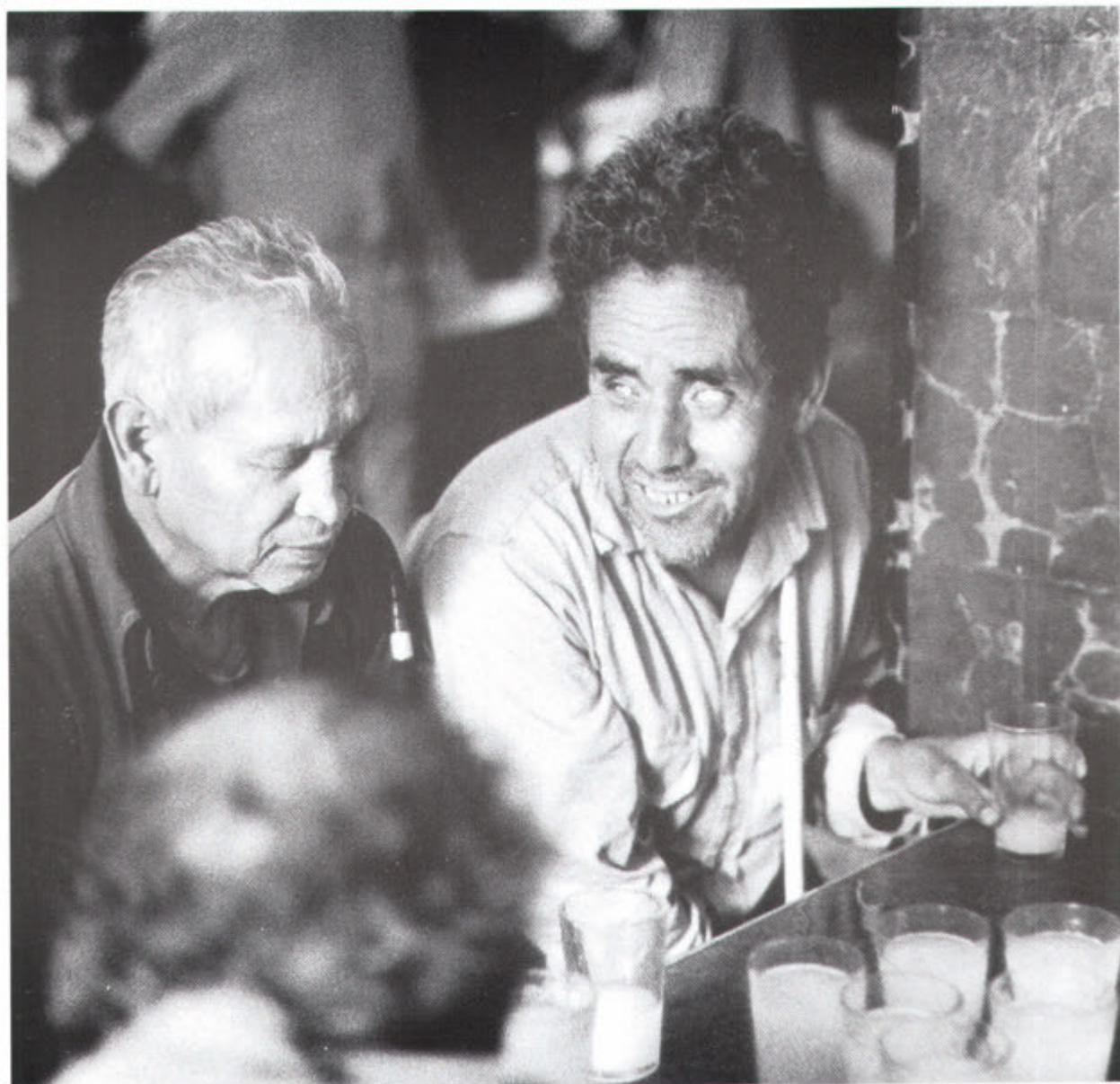


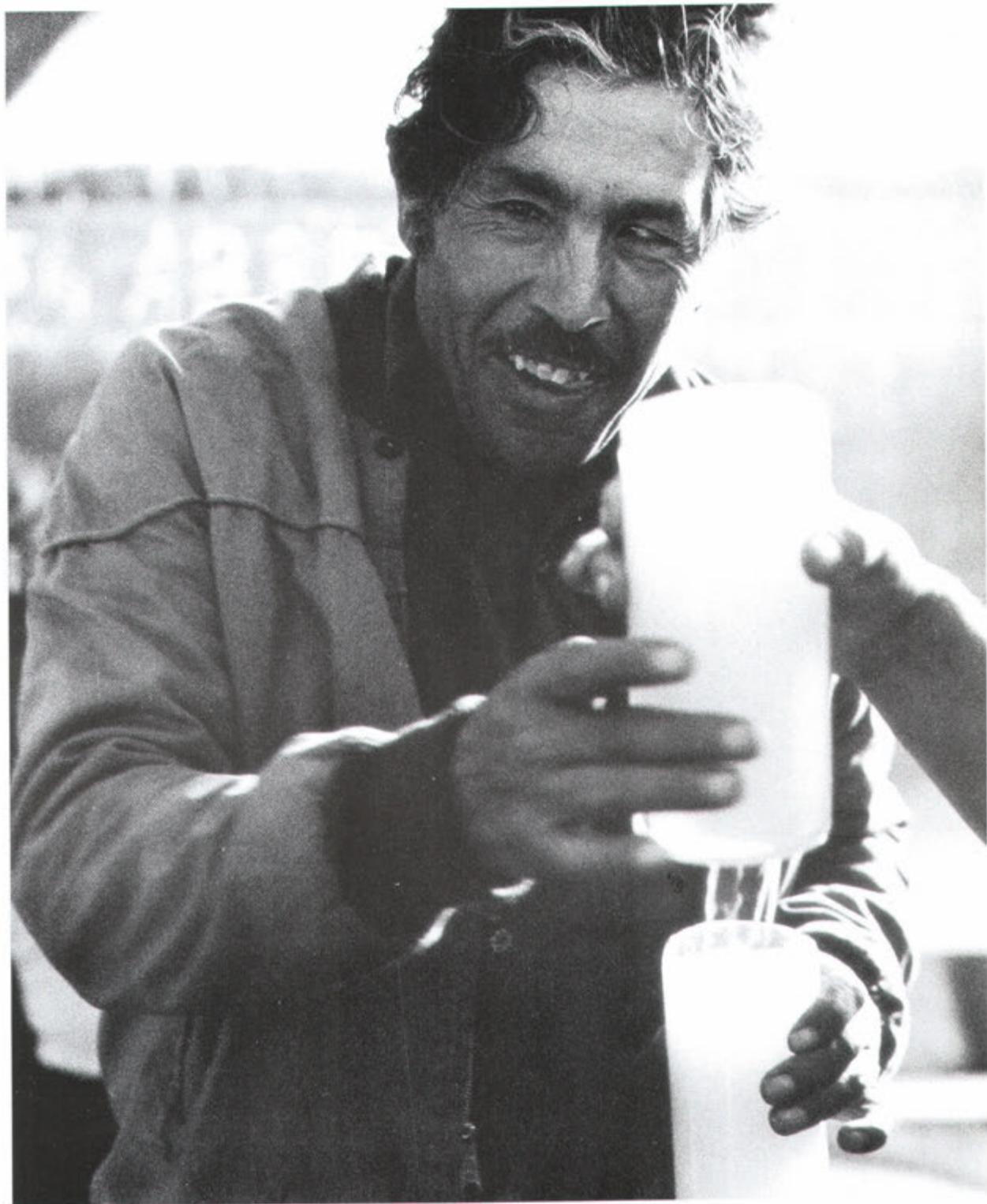




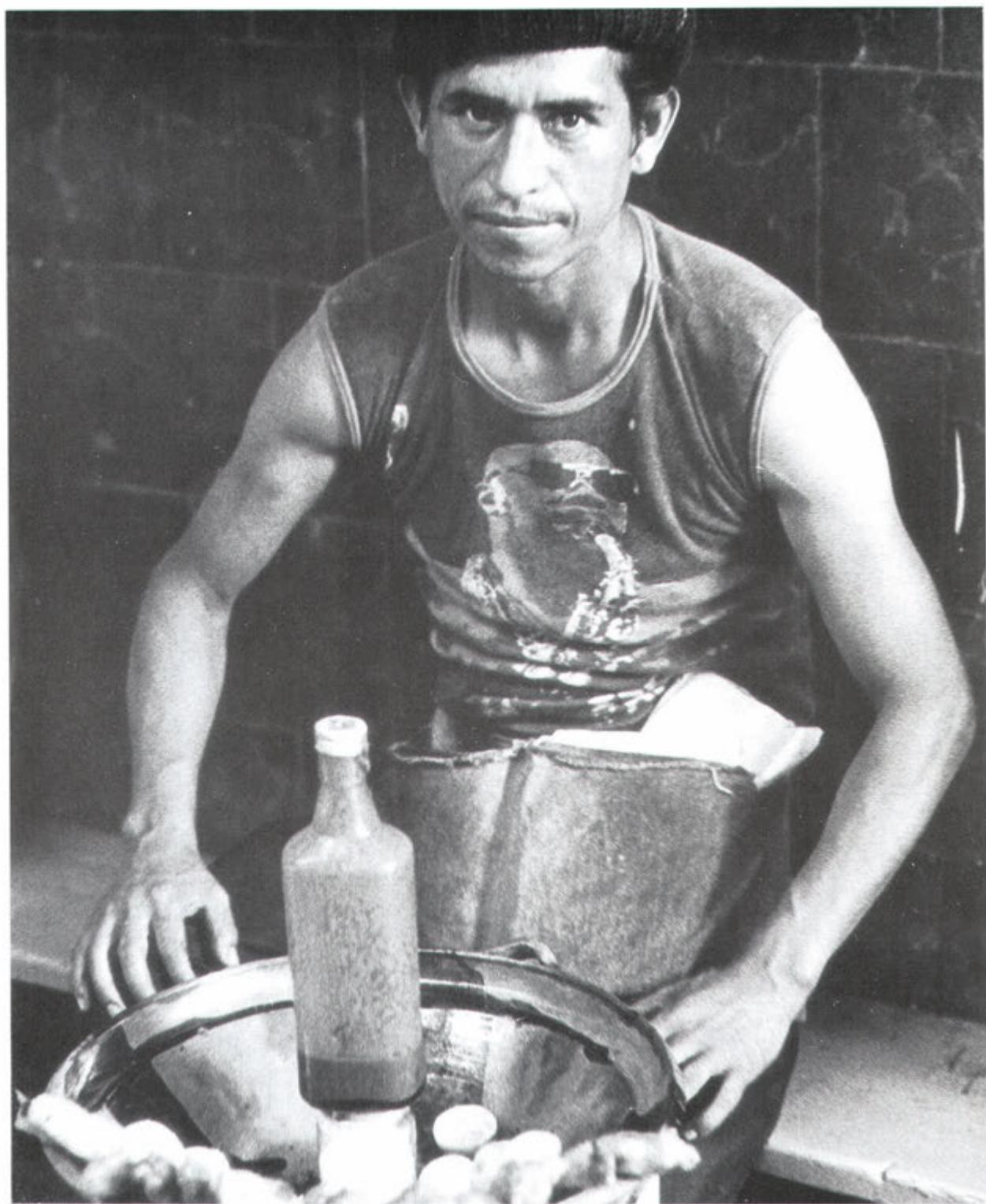
















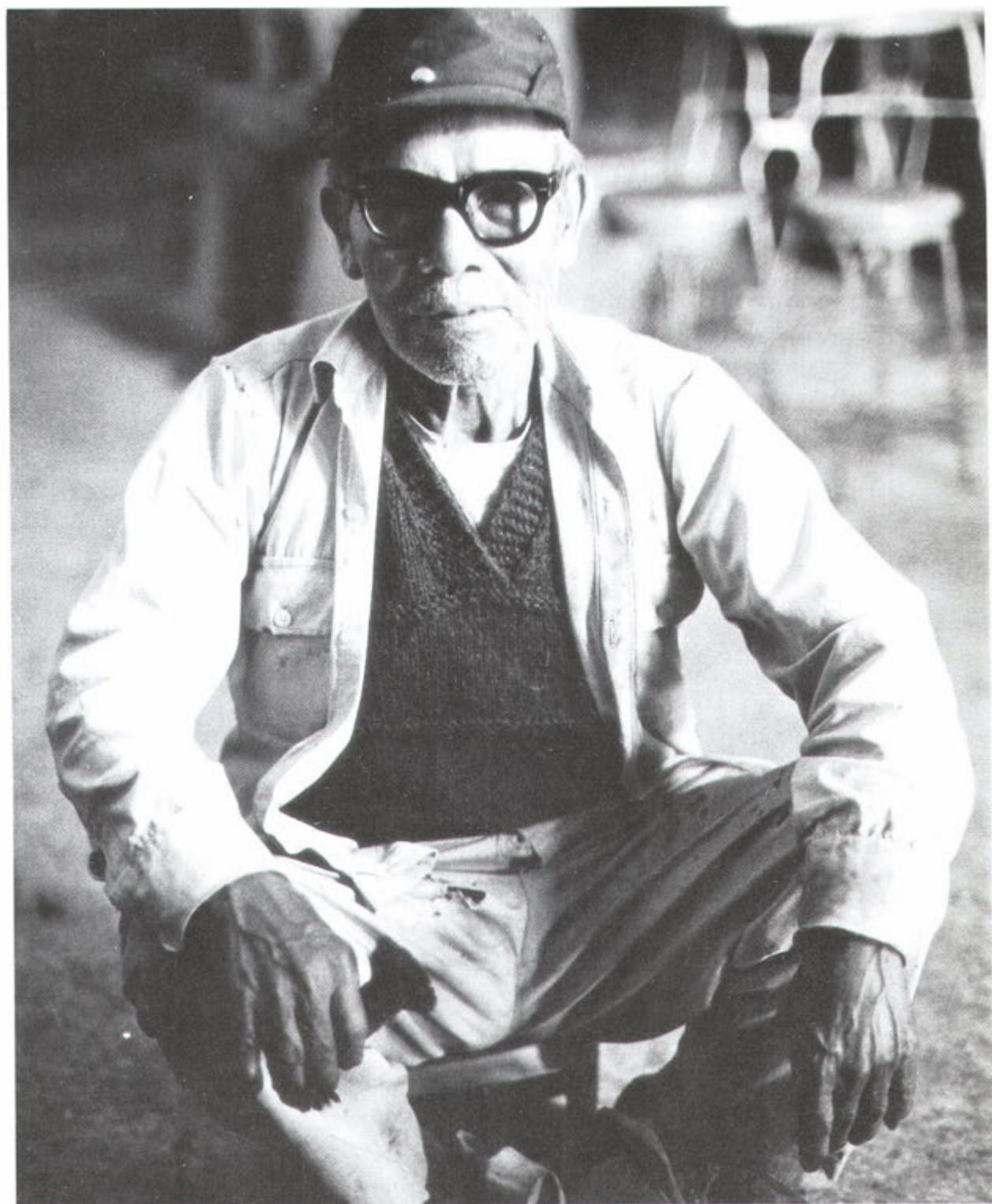






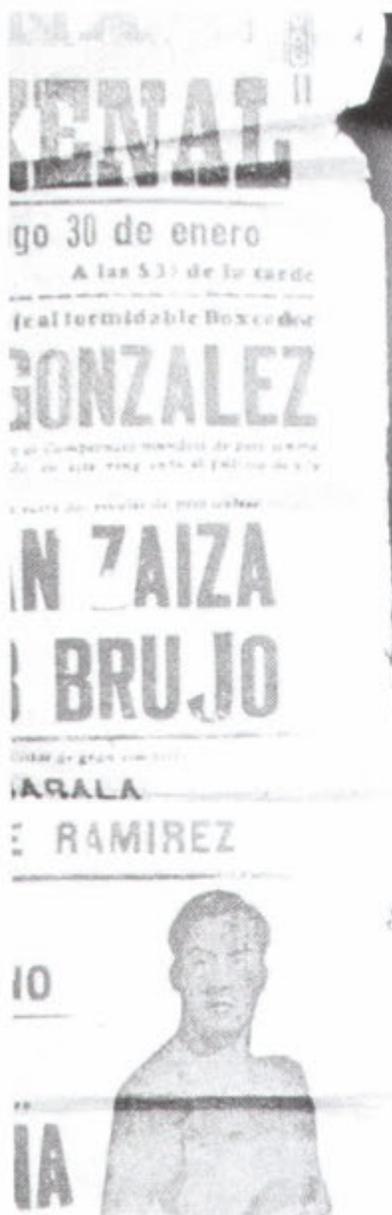








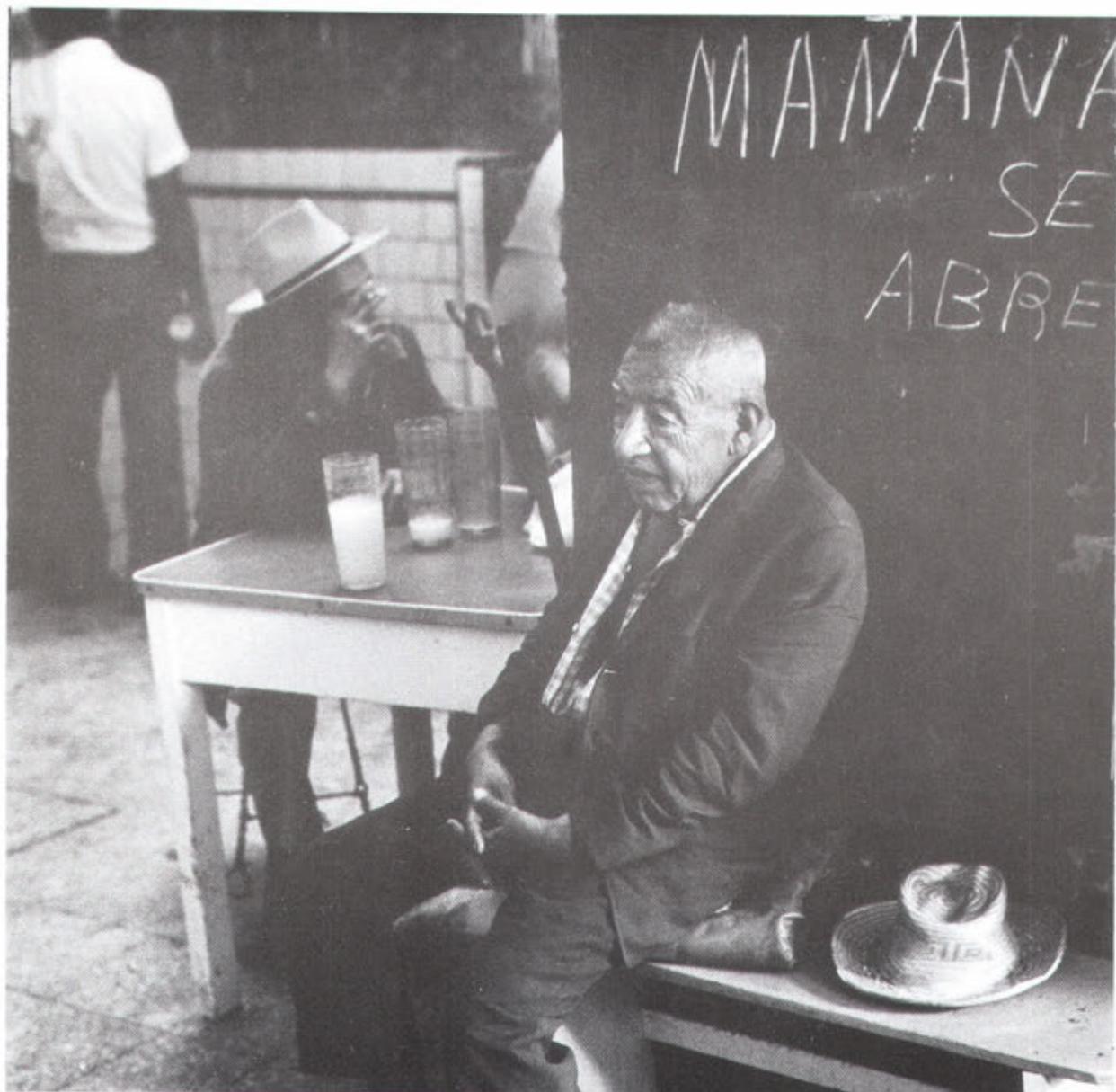














TÍTULO DE LAS OBRAS

EN PORTADA: LA CIUDAD AJENA

EL GRAN TINACAL	37
PUERTA DE VAIVEN DE EL GRAN TINACAL	39
DON LUPE	40
DE BOTELLAS Y VASOS	41
VACÍO	42
CUCO	43
SIN DIALOGO	44
MORENITA	45
CURADO DE NUEZ	46
SED	47
CANSANCIO	48
LA CIUDAD AJENA	49
PAUSA PARA EL PINTOR	50
<i>TLACAVA ECTLI</i>	51
LAS CLASES	52
ESCALERA AL CIELO	53
PENSIONADO	54
DE PASO	55
TINIEBLAS Y LUZ	56
HARTOS CUATES	57
PENTÁGONO	58
PESCADO FRITO	59
MALOREANDO	60
CUIDADO,, CUIDADO	61
LAS BUENAS VECINAS	62
MARIMBA CHIAPANECA	63
SIGO SIENDO EL REY	64

EL DANZÓN	65
SONARÁ LA TROMPETA	66
GRASA PARA VIVIR	67
EL GUSTO	68
ENCAPUCHADO	69
TREINTA AÑOS DESPÚES	70
AÚN EXISTEN LOS SUEÑOS	71
LA FAMILIA	72
ORFANDAD	73
MAÑANA	74
AL FINAL DEL DÍA	75

con un tiraje de 2.000 ejemplares
se terminó de imprimir en los talleres
de Litográfica Bermúdez, S.A. de C.V.
en el mes de abril de 1992.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



015859



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

CULTURAS
POPULARES